

A medio tránsito del otoño releo "Cartas a un joven periodista", de Juan Luis Cebrián.

Coloquio con Honorio, embriagado de interés por esta profesión de fuego y sentido, madurez y entusiasmo, consagración y pulcritud.

Epístolas con la carga de reflexión y exquisitez estilística del fundador de "El País", acaso el mejor diario de habla hispana.

Proclamador de verdades, denunciador de escándalos e inescrupulosos y hurgador de misterios, su libro navega desde el consejo a la certeza.

Con ánimo de selección, destaco sus sugerencias: "No dejes de interrogarte, de preguntarte a los demás. No te de vergüenza reconocer tu ignorancia si tratas de acumular saberes. El periodista no es un profesor ni un sacerdote, es sólo un contador de historias, un moderno juglar, como Mark Twain decía, y hasta un bufón si es preciso. Trabaja por eso para las gentes de palacio, pero está fuera de él, por lo que no debe aspirar a títulos ni honores, entre otras cosas porque lo que busca son las verdaderas residencias del poder".

Las recetas de Cebrián incluyen el fármaco adecuado, el bálsamo pertinente, la prescripción necesaria: "Siempre me ha impresionado la imagen de Quevedo -periodista a su modo, y en su tiempo- escondiendo bajo la servilleta del conde duque el memorial de agravios que dio con sus huesos en la cárcel de León, hoy convertida en parador de turismo: 'No

callaré, por más que con el dedo silencio avises, o amenazas muerte. ¿No ha de haber un espíritu valiente? ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice? ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?"

Sin propósito de sentencia. Entre la medida y la pasión, acaso fórmula aconsejable del periodismo.

Voz de alerta y asombro cuando la Asociación Mundial de Periódicos escribe en su primera plana una estadística que nos remeque: 71 periodistas fueron asesinados en 1999 en su desempeño profesional en 19 países.

Luchadores de la palabra, guerrilleros de la prosa y la inteligencia, divulgadores de la verdad, atrevidos fisgones para develar la complicidad y el crimen, la corrupción y la pleitesía, el silencio de los endebles y el miedo de los aplastados.

Urgentes proclamadores de una ley que no apela a la refinancia de la mentira ni de la burocracia.

Descubridores en directo, sin esposas que les desgarran las manos en el momento de redactar la crónica elaborada en el manantial de la documentación, el testimonio y

Sólo un contador de historias



las proyecciones.

Reporteros que se sacan las anteojeras para ampliar la mirada en la vastedad de la justicia y en el terreno fértil de la libertad.

Ausente de subterráneas intenciones discursivas. Sólo con hambre y novedad, desahogado del horario inhibitor, de la traba del invasor profesional, de la desdibujada destreza del que carece de plenitud universitaria y respaldo ético.

Guillermo Blanco -nunca un apellidado definió mejor la bondad de un hombre- escribió: "Ser periodista es ser testigo activo de la vida. Ser capaz de mirarla y oírla con ojos y oídos siempre nuevos. Percibir, en los rostros y voces de otra gente, la expresión de su angustia, de su amor, de su esperanza. Acercarse con respeto al

dolor, a la alegría, al entusiasmo o al silencio".

La censura es un hacha que amenaza con caer sobre las manos desasosadas de reporteros abiertos a la premura y a la actitud generosa y solidaria. La autocensura nos enclaustra en la cárcel del temor, del decreto imperativo y soterrado, que se sostiene en la delación, la inquietud y la genuflexión.

No queremos eso en Chile. Oramos en la memoria de José Carrasco, asesinado por su sentido de la discrepancia, por su adhesión a postulados ajenos a los que entonces mandaban. Militante de los vientos de alta temperatura de la izquierda heredada de la Revolución Cubana, sus vertientes iban por cauces diferentes a los míos. Pero en sustancia respeto su canal diverso, su proclamación de otras miradas, su coherencia con la doctrina que abrazó.

La Ley de Prensa se desperdiza de su sueño anestesante en el Congreso Nacional. Los parlamentarios renuncian a estrechas convenciones y se aglutinan en la certeza de que la libertad de expresión y el derecho de ser globalmente informados

Enrique Ramírez Capello

pertenece a la comunidad. El Presidente de la República, Ricardo Lagos, recibió a la directiva del Consejo Nacional del Colegio de Periodistas el miércoles pasado, "Día Mundial de la Libertad de Prensa".

Diálogo sin ganancias, refrescante, autónomo, lejos de zalamerías. Respetuoso de la independencia del gremio, coincidente en la certeza de que sin democracia no hay periodismo, abrió las puertas de La Moneda al encuentro sin prejuicio, en el nombre del servicio público, la paz y la integración.

En la hora de mudanza de las autoridades de nuestra amada profesión, son percepciones ajustadas entre su gobierno y la voluntad energicamente mayoritaria, pluralista y transparente de los colegas.

En Chile coexisten el respeto por la variedad de tendencias, el fomento de la formación digna en las escuelas universitarias, los acercamientos desde Arica a Punta Arenas.

La pronta promulgación de la ley tantos años enramada lleva a enfrentar con mejor estado del alma un riesgo que nos duele tanto como el asesinato y el encarcelamiento de periodistas: la cesantía, las jubilaciones agravantes, los sueldos desmedrados, la intromisión de futbolistas, vedettes y profesionales de ramas de las que nosotros no nos colgamos.

La confianza es literalmente la fe en que la unidad es y será nuestra fuerza.

Periodista.

Sólo un contador de historias [artículo] Enrique Ramírez Capello

Libros y documentos

AUTORÍA

Ramírez Capello, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sólo un contador de historias [artículo] Enrique Ramírez Capello

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)